



Vueltas de carrusel

Hace muchos, muchos años ...

El caballo ha recorrido la historia de la humanidad quizás más que ningún otro animal no humano. Hace aproximadamente un millón de años emigró de lo que hoy es el continente americano, hacia lo que mucho tiempo después sería Asia. Desde allí se expandió hacia el resto del mundo.

Retornó a su tierra de origen -en la que se había extinguido hacía ya diez mil años-, tirado de las riendas por los conquistadores europeos que los bajaron de las bodegas de

sus barcos. El caballo partió libre y regresó domesticado. Una vuelta completa en el carrusel de la historia.

Pegó otro giro, cuando adoptado por los pueblos originarios de las llanuras americanas -que contaban con destacados jinetes- el caballo cabalgó en las luchas contra los conquistadores



blancos y contra quienes le sucedieron, como ocurrió en nuestras tierras, con los malones.

Cuentan los antropólogos que los más antiguos vestigios de la domesticación del caballo, encontrados en lo que hoy es Kazajistán, tienen una antigüedad de entre 3500 y 3000 años AC.

Tanto en la guerra como en la paz: caballo de fuerza y fuerza de caballo

La participación del caballo fue protagónica en la conquista, caída y surgimiento de imperios y civilizaciones y en la creación de identidades nacionales. En la estatuaria de innumerables naciones contemporáneas sostiene a guerreros y soldados instaurados como héroes.

Los antiguos romanos y los pueblos de Asia central utilizaban a sus caballos como armas de guerra. Los primeros los apreciaban por su fuerza, los segundos por su agilidad. En la edad media europea fueron protagonistas de múltiples batallas y más tarde se incorporaron a los ejércitos modernos, aunque la última batalla de caballería mayor fue la de Komarow, el 31 de agosto de 1920, entre polacos y soviéticos.

Algunos caballos se hicieron famosos y son recordados por sus célebres dueños, como Bucéfalo de Alejandro Magno, Estrategos de Aníbal, Genitor de Julio César, Blanchard de Carlomagno, Othar de Atila, Babieca del Cid, Blanco de Juana de Arco, Marengo de Napoleón, Palomo de Simón Bolívar y Siete Leguas de Pancho Villa, entre tantos otros.

Transformado en dios fue adorado y temido en diversas culturas y ejerció su dominación sobre los humanos que los crearon. Fue Helhest, el caballo de tres patas y Sleipnir de ocho, en la mitología escandinava; Pegaso y centauro entre los griegos y también Janto y Balio, caballos inmortales que heredó Aquiles. Como unicornio aparece en diversas mitologías. Su creación fue divina entre los beduinos y en los textos bíblicos, la conquista, la guerra, el hambre y la muerte llegan representados como cuatro jinetes del apocalipsis, montando caballos de distintos colores.

Pero la amplia mayoría permaneció ignorada y anónima. Son aquellos que hicieron posible el desarrollo de la agricultura, tirando del arado; o que, en muy diversas geografías, sirvieron como medio de transporte de jinetes o arrastraron carros y carruajes. Están también los que participaron en el surgimiento de deportes, como el polo, el pato, la equitación y las carreras hípicas y que participaron de entretenimientos y espectáculos (las cacerías, los números circenses, la doma, etc.)



En nuestras tierras, el caballo contribuyó de manera singular a la constitución de la compleja identidad del gaucho: como soldado, como hombre de campo errabundo y como fugitivo. En su universo personal y

social, el hombre y su cabalgadura forman una identidad indisoluble.

En la imaginación de los artistas y literatos

Recreado por artistas, el caballo es objeto de incontables representaciones icónicas. Recordemos su figura en las pinturas paleolíticas y en los relieves mesopotámicos y griegos, entre otros, en los frontones que Fidias esculpió a mediados del siglo V en el Partenón de la Acrópolis de Atenas; la célebre cuadriga de San Marco en Venecia, proveniente del hipódromo de Constantinopla; las esculturas de la fuente de los cuatro ríos de Bernini; los estudios de caballos de Leonardo; la batalla de San Romano de Ucello; la figura del caballo árabe de Géricault; las innumerables estatuas y pinturas de figuras ecuestres; la carrera de caballo de Degas y los pequeños caballos azules de Franz Marc, para nombrar solo algunas pocas obras.



Los escritores crearon caballos célebres de ficción, como Rocinante, el de Don Quijote, surgido de la pluma de Cervantes; Sombragris de Gandalf, concebido por J. R. R. Tolkien y el unicornio que habitó en las ficciones de Mujica Lainez. Entre las novelas de aventura adquirieron fama Tornado, del Zorro; Silver, del llanero solitario; y Pampero, el zaino cimarrón domado por Patoruzú.

De la guerra al juguete

Brioso o domesticado, el caballo se transformó en juguete por obra de artistas y artesanos para formar parte de los juegos infantiles.

En la humildad del caballo de palo o en el caballo de balancín se recrea el fuerte vínculo entre el jinete y su cabalgadura y la amalgama, a veces casi simbiótica, entre el animal humano y no humano.



En la iconografía de los juguetes infantiles, el caballito de madera es uno de los más representados. Lo encontramos en la edad media europea, como un artefacto lúdico muy popular, que consistía en una cabeza de caballo tallada, en la mayoría de los casos pintada, que remataba un palo. Solía acompañarse de una larga vara con un molinillo en su extremo, simulando una lanza.

Este juguete sencillo y de uso exclusivo de los varones daba lugar a juegos colectivos al aire libre, en el que los niños recreaban las justas o torneos y era utilizado por los adultos para familiarizarlos y socializarlos en las actividades de caballería. Otro juguete medioeval era el carro, más apto para el juego de niños un poco mayores.

La utilización y el goce de ambos juguetes se prolongó y diversificó a través del tiempo.

Como en el caso del caballito de madera, el carrusel tuvo origen militar y luego pasó a ser motivo de diversión infantil. La palabra carrusel proviene del francés *carrousel* y del italiano *carrusiello* cuyo significado originario sería “justa”, o sea torneos entre caballeros, con lo cual se vincula al caballito de madera medioeval. Si bien no se conoce con exactitud el origen del carrusel, se afirma que, aproximadamente hacia el 1.100, los cruzados descubrieron que los jinetes turcos y



árabes lo usaban como ejercicio de entrenamiento para el combate de caballería, pero también como pasatiempo. Este artefacto consistía en un enorme plato con caballos de madera que giraba sobre sí mismo, desde dónde se atacaba, con espadas, a muñecos que representaban a enemigos. La idea fue llevada por los cruzados a los señores feudales europeos que lo adoptaron para entrenar sus jinetes. Más tarde, en Francia, pasó a ser utilizado para entrenar a los jóvenes nobles en el deporte del toque de lanza y se extendió a otras partes de Europa y de allí a EE.UU. y demás países americanos, como Argentina.

De dispositivo de entrenamiento militar para la guerra, el carrusel se transformó en un elemento de distracción y esparcimiento cortesano y luego popular. Aunque con posterioridad se le introdujeron numerosas innovaciones, como, por ejemplo, la incorporación de otros animales o el agregado de uno o más pisos, el típico carrusel se caracteriza por usar, principalmente, caballos de madera que se desplazan hacia arriba y abajo para dar la sensación de galope. Esto lo diferencia de la calesita que no cuenta con el sistema de movimiento vertical y siempre tiene un solo piso.

La mayor popularidad del carrusel fue entre 1880 y 1930, que coincidió, en gran medida, con la *Belle Époque* europea, el breve período en el que se combinaron la expansión del capitalismo, el imperialismo y el colonialismo, la fe en la ciencia y en el progreso de la humanidad. La declinación del carrusel fue, en parte, causada por la depresión económica de 1929, iniciada en EE.UU. pero de alcance mundial. En nuestro país, su popularidad se mantuvo durante gran parte del siglo XX, aunque también declinó ante los cambios tecnológicos y de las modalidades de diversión de los niños, por lo que hoy los carruseles y las calesitas, allí donde funcionan, conservan cierto aire nostálgico y melancólico.

La pasión y el cuidado de los coleccionistas: buscar, descubrir, atesorar y mostrar

Por sus múltiples significados y el atractivo de su figura y atributos –la nobleza, la fuerza, el movimiento, la libertad-, el caballo ejerce una intensa fascinación y su representación en juguetes, una atracción no menor. No resulta extraño, entonces, que haya despertado la pasión de los coleccionistas.

Como lo expresa Antoni Gelonch Viladegut, coleccionista catalán de grabados, “coleccionar es el encuentro entre una persona y una pasión sobre un tema concreto”. En distinto grado, intensidad y combinación, la mayoría de los coleccionistas comparte rasgos, actitudes y comportamientos. Los impulsa la búsqueda y los alimenta la pasión (sin descartar ciertos componentes obsesivos), son ordenados y cuidadosos con los objetos que coleccionan, lo hacen tempranamente y para toda la vida y suelen sentirse atraídos por mostrar lo que poseen.

Este es el caso de Eduardo Argüello y Claudia González, coleccionistas y amantes del arte que hacen de San Leonardo, obra del arquitecto Augusto Ferrari, levantada en Agua de Oro, Córdoba, un lugar de encuentro y regocijo y el hábitat de su colección particular. Un mundo de objetos singular por sus piezas, por su disposición estética y por el diálogo que se genera entre los objetos y su entorno. Un lugar donde la magia se repite.

Fueron ellos quienes generosamente aportaron las piezas para la exhibición en la Sala Farina de la Universidad Provincial de Córdoba, haciendo posible esta cabalgata de juguetes que llegaron para ser compartidos con el público que los visite.

Se dice que los caballitos de juguete que habitan en San Leonardo -la mansión que a modo de establo los cobija-, en ciertas noches de luna escapan de su cómodo albergue y bajan a las orillas del río cercano. Allí se detienen a pastar hasta poco antes del amanecer, impulsados por un recuerdo ancestral, aquel que comparten con sus antepasados, los primeros caballos que habitaron, en libertad, las extensas llanuras americanas. Otra vuelta en el carrusel de la fantasía.

Carlos A. Lista

Junio de 2018